

8 Derrotas y victorias: el referéndum sobre la OTAN y la huelga general del 14D (1985-1989)

Manuel Garí

El periodo comprendido entre el VII Congreso (julio de 1985) y el VIII Congreso (mayo de 1989) de la LCR estuvo caracterizado por ser un tiempo «bisagra» en diversos aspectos. En el ámbito internacional, Reagan y Thatcher habían logrado imponer el modelo neoliberal en sus propios países. Ello implicó la desregulación financiera, mayor poder para los patronos, retroceso del papel y peso económico del Estado, ataques a los salarios y graves retrocesos de los derechos sociales y sindicales. A partir de los éxitos internos lanzaron su proyecto de financiarización de la economía mundial. El FMI, el BM y el GATT fueron los ejecutores de las políticas de ajuste que ahogaron a los países empobrecidos con el oneroso pago de la deuda externa (Doc.8.20). La globalización capitalista había nacido y con ella una nueva dimensión de las crisis financieras mundiales.

A la guerra de desgaste por medio de «país interpuesto» en la contienda Irak-Irán (Doc.8.38), EEUU sumó las agresiones militares contra Nicaragua y Libia con el objetivo ejemplarizante de disciplinar a los pueblos ante el nuevo orden internacional. La carrera armamentística convencional y nuclear de EEUU y la OTAN *versus* la URSS y el Pacto de Varsovia conoció momentos de gran riesgo bélico y tensión política entre ambos bloques, supuso para los países del denominado «socialismo real» un agujero financiero que minó sus economías y concitó importantes movilizaciones ciudadanas en todo el mundo —particularmente en Europa ante el nuevo despliegue de misiles con cabeza nuclear—, pero la tensión se relajó con la reanudación de las conversaciones de desarme entre Reagan y Gorbachov (Doc.8.36) y el acuerdo para la eliminación de los misiles de alcance medio de diciembre de 1987.

La burocracia había llevado a la URSS y a los países del Este de Europa a una situación política, económica y social crecientemente degradada. Las políticas de reestructuración (*perestroika*) y de transparencia (*glasnost*) de Gorbachov suspusieron un intento —condenado de antemano al fracaso— de

reformar desde dentro el sistema burocrático sin contar con la movilización democrática de masas (Doc.8.32).

La correlación de fuerzas se inclinaba crecientemente a favor del imperialismo. Las luchas de masas en Centroamérica y Polonia, que marcaron la situación a nivel internacional en los ochenta, atravesaban difíciles encrucijadas. La LCR y la IV Internacional defendieron la solidaridad política con ambas, porque consideraban que formaban parte de la lucha por el socialismo y la democracia socialista (Doc. 8.7 y Doc.8.8).

Simultáneamente, en ese periodo, se produjo la primera Intifada en los territorios palestinos, la lucha contra el *apartheid* renovó su impulso en Sudáfrica que sólo concluiría con el final del odioso régimen racista, la dantesca catástrofe de Chernóbil que avivó el movimiento antinuclear internacional y el pueblo saharauí se vio abandonado a su suerte por el PSOE frente al rey marroquí que pasó a ser considerado un aliado estratégico para el Reino de España sumido en plena euforia atlantista.

MALESTAR SOCIAL Y RESISTENCIAS

La entrada en la Comunidad Económica Europea (CEE) determinó la política industrial, económica y monetaria de los diferentes gobiernos socialistas. La «reconversión» industrial continuó con el cierre de empresas en siderurgia, construcción naval, electrodomésticos o con drásticas reducciones de las plantillas. El paro llegó a 3 millones de personas en 1985. A partir de 1986, el PSOE se dedicó a privatizar las sociedades públicas y perpetró la desindustrialización y terciarización de la economía y el desguace del sector público. Estos cambios en la esfera productiva produjeron aceleradamente cambios en la estructura social; la composición de la clase obrera se modificó, lo que tuvo importantes efectos en la cultura y la organización sindical. Por otra parte, la política de universalización de servicios públicos llevada a cabo por el PSOE no estuvo exenta de contestación porque, a la vez que suponía una propuesta socialmente necesaria, se hizo mal y a medias, por vías que abrían la puerta a la iniciativa privada en sectores estratégicos como la enseñanza y la sanidad y no posibi-

litaban el protagonismo y la participación democrática de los sectores implicados.

La política de ajuste del gasto para minimizar el déficit y los ataques a los salarios —a los que se hizo responsables de la inflación— fueron el eje de la política neoliberal de los distintos ministros económicos, plasmada en los Presupuestos Generales del Estado (Doc. 8.3). Ello comportó la bajada de varios puntos del salario real y repercutió negativamente en la situación social. Fueron muchas las luchas obreras que se dieron en los sectores y comarcas afectados por la reconversión y también en el metal, la sanidad, la banca y la enseñanza. En 1988 el malestar social llegaría al máximo nivel (Doc. 8.29).

En otro orden de cosas, a finales de 1985 Felipe González seguía sin convocar el referéndum sobre la pertenencia de España a la OTAN. En 1986, año electoral y tras el escándalo y las reacciones por el asesinato de Zabalza, los riesgos de no convocarlo eran muy elevados para el gobierno, por la pérdida de legitimidad y credibilidad que podían comportarle. En una convocatoria, el PSOE tenía fortalezas y debilidades simétricas y contrapuestas a las que tenía el movimiento pacifista.

La Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas (CEOP) agrupaba a las organizaciones del movimiento por la paz en torno a los lemas «OTAN No», «Bases fuera», «neutralidad» y en las movilizaciones en torno a ellos se agrupaban sindicatos, asociaciones vecinales y de muchos otros tipos. La CEOP mantenía una postura abiertamente antiarmamentista, antimilitarista y contra la división del mundo en unos bloques militares provenientes de la guerra fría y sumidos en la carrera de armamentos, la disuasión nuclear y el equilibrio del terror. En 1986 la cuestión de la OTAN se convirtió en un asunto de Estado sobre el que un poderoso movimiento social pacifista logró retar al conjunto del *establishment*. El ala más combativa del movimiento por la paz, dirigida por la izquierda revolucionaria, llegó a tener un importante peso en sus actividades y orientación.

El gobierno de González también defraudó las expectativas de las mujeres en sus reivindicaciones más importantes. Durante el periodo 1985-1989, el movimiento feminista desarrolló la lucha contra los límites y penalizaciones que coartaban el derecho de las mujeres al aborto libre y gratuito, uno

de cuyos elementos fue la publicidad de que se estaban realizando abortos clandestinos. La LCR participó activamente en esta lucha, así como en la organización de las diversas jornadas del movimiento, en el seno del cual impulsó las dimensiones subversivas y revolucionarias del feminismo, la unión entre la política y la vida, la ruptura del muro entre lo privado y lo público, la búsqueda de una mayor incidencia del movimiento en el conjunto de la sociedad, su convergencia con otros movimientos y el desarrollo de nuevas dimensiones y tareas como la antimilitarista (Doc. 8.6 y Doc. 8.9).

Las movilizaciones juveniles adquirieron un nuevo protagonismo con la irrupción de un potente movimiento estudiantil en el invierno de 1986-1987, especialmente en las enseñanzas medias pero también en la Universidad (Doc. 8.30). Las JCR tuvieron un destacado papel en aquellas movilizaciones, que también fueron un medio propicio para su crecimiento. A partir de 1987, el antimilitarismo, que estaba experimentando un fuerte ascenso, se convertiría, junto con el feminismo, en uno de los ejes prioritarios de la intervención y el crecimiento de la LCR y las JCR entre la juventud (Doc. 8.43). Ello se concretó en el impulso de organizaciones como Mili KK y Kakitzat, se dotó de contenido con el rechazo del servicio militar obligatorio, de la Ley de Objeción de Conciencia (LOC) y de la realización de la Prestación Social Sustitutoria (PSS) y se desarrolló primero con la campaña de la objeción colectiva y, posteriormente, con la insumisión a la mili y la PSS. El auge de estas movilizaciones y el amplio apoyo a las mismas se debía, en parte, a la labor de los grupos como el MOC y Mili KK, en parte al rechazo generalizado a servicio militar y a la conscripción obligatoria, pero también a las consecuencias del poderoso movimiento pacifista y de sus luchas contra la OTAN y las bases.

A pesar del desencanto de muchos sectores con la política del PSOE y de las luchas habidas, se consolidó un comportamiento electoral que premiaba a los grandes partidos y excluía —salvo en Euskadi— las opciones de la izquierda radical. A su vez, la presencia política pública y mediática fue reduciéndose aún más para las opciones sin representación en las instituciones. La respuesta de la izquierda revolucionaria y de la misma LCR ante esta realidad fue adaptarse a

la situación buscando espacios de actividad, evitar los fracasos electorales y sortear el obstáculo sin removerlo. La LCR centró su intervención política en los movimientos sociales y desde los mismos. De ahí las fuerzas que dedicó a la implantación en los sindicatos, en la juventud, en las organizaciones pacifistas y antimilitaristas y en las tareas de organización y fortalecimiento del feminismo. El giro hacia los movimientos sociales era necesario y ajustado a la realidad; sin embargo conllevó un cierto alejamiento de la política general y se reforzaron los miedos y reparos hacia el campo electoral mientras no cambiaran las circunstancias. La LCR no tuvo un plan para remover los obstáculos electorales ni para pesar más en el plano político. Ello influiría en la evolución posterior del partido, que durante años mantuvo una dicotomía: por un lado tenía una importante capacidad de comprensión política de la situación y de los retos y, por otro, limitó sumamente su actividad al trabajo en (y desde) las organizaciones de los movimientos. Los efectos de ello se harían más evidentes tras la derrota en el referéndum sobre la OTAN.

EL REFERÉNDUM SOBRE LA OTAN

Una vez se conoció que la fecha del referéndum iba a ser el 12 de marzo de 1986, la LCR, en consonancia con el movimiento pacifista, intensificó la argumentación a favor del abandono de la OTAN y en defensa del neutralismo frente a los bloques militares, dando así respuesta a los mensajes del gobierno (Doc. 8.15 y Doc. 8.16). Se exigía que la cuestión a referendar fuera clara y precisa para evitar una pregunta trampa y se denunciaba la posible manipulación de la opinión pública con la promesa de falsas contrapartidas en caso de continuar en la OTAN o mediante el uso partidista de la maquinaria institucional y de los medios de comunicación públicos. La LCR señaló que, si bien las encuestas de opinión indicaban que la mayoría era partidaria de la opción «salir de la OTAN», no estaba asegurado el triunfo pacifista ni ello significaba que el voto de rechazo a la OTAN en el referéndum implicara una ruptura de los votantes con sus partidos en futuras elecciones (Doc. 8.11); asimismo, advirtió del posible chantaje de la

amenaza de dimisión del gobierno en caso de triunfar el no a la Alianza Atlántica.

Para evitar la manipulación gubernamental, la LCR proponía que la CEOP combinara la movilización con la argumentación a favor del no a la OTAN e intentara que el conjunto de la población rompiera la disciplina de voto. Denunciaba la postura chantajista y antidemocrática de González de «o yo o el caos» y planteaba la necesidad de una alianza social y política muy amplia en torno a la CEOP frente a las maniobras divisoras del PCE, que había creado un organismo, la Plataforma Cívica, que centraba sus consignas en el abandono de la OTAN y olvidaba el resto del ideario antimilitarista (Doc. 8.12 y Doc. 8.16).

La dirección de la LCR preparó al partido para que pudiera abordar las tareas ante los diferentes posibles resultados de la consulta y los distintos escenarios posteriores, dio orientaciones tácticas muy precisas para el impulso y seguimiento de la campaña por el no —que contenían argumentos políticos y propuestas de actividades para el movimiento— y detalló las tareas del partido tanto en su intervención autónoma como a la acción que debía desarrollar en el seno de las organizaciones sociales donde tenía un grado importante de responsabilidades e influencia (Doc. 8.10, Doc. 8.15 y Doc. 8.17).

El resultado del referéndum arrojó una victoria del sí con el 52,53 % de los votos frente a un 39,84% del no y una suma de 7,63% de los nulos y blancos. En Canarias, Catalunya y Euskadi venció el no. El balance que hizo la LCR analizaba las artimañas empleadas por González para dar la vuelta a las previsiones de las encuestas. En *Combate* se afirmó que el gobierno no había conseguido derrotar políticamente al movimiento pacifista y se marcó como objetivo y tarea «En primavera, las bases fuera» (Doc. 8.18). Si bien aparecieron en el seno de la organización otras voces que analizaron la gravedad y las consecuencias negativas de la derrota del movimiento pacifista (Doc. 8.22), no fueron mayoritarias ni tenidas en cuenta pese a que el tiempo vino a darles la razón. Celebrado el referéndum, el grueso de los esfuerzos se centró en la denuncia del Tratado Bilateral entre los EE UU y España sobre las bases militares y en organizar las marchas sobre las mismas durante los años siguientes.

EL IV CONGRESO DE CCOO
Y LA HUELGA GENERAL DEL 14D DE 1988

Por su parte, el movimiento obrero fue adquiriendo un nuevo protagonismo a medida que avanzaba el período. Tras el ensayo que supuso la huelga general del 20 de junio de 1985 impulsada por CCOO contra la reforma de las pensiones, la LCR, junto a otros sectores de la izquierda sindical de dentro y fuera de CCOO, venía proponiendo dar continuidad al camino iniciado entonces (Doc. 8.5). Se opuso a los acuerdos que sustentaban la política de pacto social, puso en cuestión el mito europeísta que impedía cambios sociales y políticos de fondo, criticó la autocontención sindical en las reivindicaciones salariales y la adaptación al discurso patronal sobre el empleo, defendió la reducción de la jornada laboral y la necesidad de un sindicalismo democrático y basado en la organización de base y propuso organizar la resistencia ante los ajustes neoliberales (Doc. 8.14).

Dado que la LCR estaba presente en varios sindicatos y la izquierda sindical también, la dirección estableció pautas para el trabajo en los diversos marcos organizativos. Situó el trabajo y la afiliación en CCOO como prioritarios por considerar que ofrecían mejores posibilidades para relacionarse con la mayoría de activistas de izquierda e influir en las luchas. Al mismo tiempo, estableció puntos de conexión y coordinación del trabajo de la izquierda sindical presente en diferentes marcos. Fijó como tarea central fortalecer la organización partidista en el mundo sindical y aumentar su implantación en la clase obrera, algo que se consideraba necesario para desarrollar cualquier trabajo de corriente. La acción de la LCR en las empresas y sectores y en la estructura de los sindicatos se vio reforzada por la movilización huelguística.

El IV Congreso Confederado de CCOO, celebrado en noviembre de 1987, vino marcado por la conformación de una nueva mayoría: la corriente «prosoviética» (animada por PCPE-PCC, que antes había defendido un sindicalismo de resistencia y lucha) se acercó a las posiciones de la antigua mayoría liderada por Camacho y Gutiérrez (el nuevo secretario general). La izquierda sindical quedó reducida a la corriente animada por la LCR y el MC, pero en contrapartida aumentó sus apoyos y

sus puestos en los órganos del sindicato en relación al anterior congreso: su lista a la Comisión Ejecutiva Confederal obtuvo 71 votos (anteriormente 27) y pasó de 1 representante a 4 (2 del MC y 2 de la LCR) (Doc. 8.40) y (Doc. 8.41).

La LCR, además de tener como señas de identidad la defensa de la movilización frente a la política de pactos sociales y la democracia interna frente a los métodos burocráticos de solución de los conflictos internos, planteó temas de especial relevancia para el futuro del movimiento obrero, como el pacifismo y la lucha anti-OTAN o la ecología, y retomó reivindicaciones de calidad en el trabajo, no siempre consideradas prioritarias por la mayoría, como la salud laboral.

La LCR había seguido planteando la necesidad de una nueva huelga general para hacer frente a las políticas de ajuste, al aumento del paro y a la segunda oleada de reconversión industrial (Doc. 8.28). La huelga del 14 de diciembre de 1988 contra el Plan de Empleo Juvenil fue un éxito rotundo en las empresas y concitó el apoyo del resto de movimientos y de la mayoría social. Las potencialidades que se desplegaron tras la misma abrieron nuevas perspectivas para el movimiento obrero y popular que, de aprovecharse, podían revertir la situación. La LCR consideró que el efecto político más importante del 14D era haber desequilibrado la situación política contraria al movimiento popular que se había creado tras la derrota en el referéndum de la OTAN, agravada por el triunfo socialista en las elecciones generales de junio de 1986 (Doc. 8.55).

LA POSICIÓN ANTE LAS ELECCIONES

Las elecciones generales legislativas fueron convocadas para el 22 de junio, tres meses después de la celebración del referéndum de la OTAN. La LCR, que consideraba que el gobierno no había conseguido derrotar políticamente al movimiento pacifista (Doc. 8.18), confiando en la potencialidad política del mismo y ante las dificultades para impulsar una candidatura electoral, planteó no votar, excepto en Euskadi, donde LKI llamó a votar HB (Doc. 8.21). Previamente, en el debate interno, quienes preveían que los efectos del resultado del referéndum

Figura 17

Combate, nº 464, 1 de diciembre de 1988:
llamamiento a la Huelga General del 14D

COMBATE

1. diciembre, 1988
AÑO XVII 90 pts.
Nº 464

HUELGA 14 D GENERAL

**Huelga General
A POR ELLA!**
Preparándonos para la
gran lucha del día 14.
(págs. 5, 6 y 7)

**Brasil
SUBE EL PT**
Avance espectacular del
partido de la izquierda
combativa brasileña.
(pág. 9)

**II Jornadas
ANTIMILI**
250 jóvenes reunidos
en Zaragoza.
(págs. 10 y 11)

**Enseñanza
BALANCE**
Luces y sombras del
acuerdo sindicatos-MEC.
(pág. 15)



¡PARALE LOS PIES!

 **LCR**

iban a ser muy negativos para el movimiento habían valorado que el conflicto político iba a tener un gran escenario en las instituciones representativas y por ello habían propuesto diversas fórmulas de voto, en particular una candidatura de la izquierda alternativa (Doc. 8.22). Finalmente, la LCR y el MC hicieron una declaración ante las elecciones en la que se afirmaba que la lucha tenía por escenario la calle; ambas organizaciones se mostraban contrarias a la participación en el proceso electoral y anunciaron que no se presentaban ni se sentían representadas por ninguna otra opción y llamaron a no votar (Doc. 8.23). Con esta decisión dejaron sin expresión política electoral al sector del movimiento social en el que influían y el campo libre a IU para intentar representar al movimiento pacifista y la oposición a los ajustes.

Tras la derrota del no en el referéndum de la OTAN, el PCE había convertido la Plataforma Cívica en Izquierda Unida, en un intento de llenar el espacio electoral a la izquierda del partido socialista y ofreciéndose como la expresión política del movimiento por la paz y del rechazo a la política de austeridad. Esta postura fue criticada por ser oportunista respecto al movimiento y tener una orientación reformista, pero también porque se consideraba que el intento de agrupar a toda la izquierda a la izquierda del PSOE estaba condenada al fracaso (Doc. 8.24). En la misma clave se hizo la lectura del resultado obtenido por IU en las elecciones generales de 1986 y del de Convocatoria por Andalucía, formato de IU en las elecciones autonómicas. El pronóstico acertó en cuanto a su incapacidad para aglutinar de forma estable y unitaria fuerzas ajenas al PCE, pero erró en lo referente a permanencia temporal, ya que el proyecto se consolidó hasta el presente como marca electoral del PCE, si bien no exenta de contradicciones y convulsiones internas.

El resultado de los comicios fue la mayoría absoluta para el PSOE, con el 47,07% de los votos y 184 escaños, y el estancamiento de Coalición Popular, con el 26,6% de papeletas y 105 escaños. Obtuvieron buenos resultados Euskadiko Ezkerra y Herri Batasuna. Fracasó la operación centrista reformista de Miquel Roca, retrocedió el PNV —que había sufrido la escisión dirigida por el ex lehendakari Carlos Garaikoetxea, que había creado EA— y se hundió Esquerra Republicana. IU cosechó

un modesto resultado, pero monopolizó la representación de izquierdas en todo el Estado, con la excepción de Euskadi.

Después de las elecciones, la dirección de la LCR se reafirmó en la táctica de no votar en las generales, pero abrió la posibilidad de hacerlo en las autonómicas y municipales allí dónde hubiera posibilidad de candidaturas unitarias; rechazó, además, la presentación generalizada de candidaturas LCR o LCR/MC. La idea central para el futuro era seguir acumulando fuerzas de izquierda radical y hacer política desde los movimientos sociales. Las tareas del partido eran, en primer lugar, el trabajo sistemático en los movimientos y desde ellos, la aparición pública como tal para hacerse visible en manifestaciones y actos; lo que se acompañaría con la dedicación de esfuerzos, de forma prioritaria, a organizar a la juventud (Doc. 8.27). En la práctica no sólo se evitaba la confrontación electoral, sino que, además, la LCR ciñó su actuación política a la que le posibilitaba el marco de las organizaciones de los movimientos sociales, autolimitando, por tanto, su presencia e influencia política general en tanto que partido.

En las elecciones europeas de junio de 1987, la LCR llamó, pese a los inconvenientes que ello comportaba, a votar la candidatura de HB e hizo todo el esfuerzo porque resultara un éxito, pues consideraba que políticamente significaba un gesto frente al gobierno y un apoyo a los derechos del pueblo vasco (Doc. 8.31 y Doc. 8.33). Tras el buen resultado de la elección de Txema Montero, a los pocos días se produjo el atentado de Hipercor en Barcelona, que malogró el buen balance de la campaña. Por otra parte las relaciones con HB no evolucionaron en sentido positivo debido a:

«la prepotencia con la que desconsideran a la izquierda revolucionaria que representamos y de la prioridad que establecen en sus relaciones con los pequeños grupos que les apoyan a lo largo del Estado, denominados por la misma HB como sus “aliados privilegiados”» (Doc. 8.58, pp. 11-12)

La actividad de ETA estaba en uno de sus niveles más altos desde 1977; la respuesta represiva del Estado, también. Desde 1986 el tema de la negociación había pasado a primer plano; sobre la misma se produjeron muchas ilusiones en el seno de la izquierda abertzale. La LCR apoyaba las negociaciones,

pero subrayaba que no existía la relación de fuerzas suficiente para alcanzar las reivindicaciones fundamentales que planteaba el pueblo vasco. Las fuerzas de la derecha se opusieron tajantemente a cualquier proceso negociador y también en el seno del PSOE fueron *in crescendo* las voces contrarias a la negociación. La posición tradicional de la LCR respecto a las acciones de ETA era crítica, pero en el debate político público subrayaba la defensa de los derechos del pueblo vasco y la denuncia de la actividad represiva del Estado tanto contra los activistas abertzales como contra los militantes de la organización armada. Tras el atentado de Hipercor, la LCR endureció las críticas a la actividad de ETA. Consideró esta acción como un salto adelante respecto a otras ya realizadas por medio de coches bomba o el atentado contra la refinería de Tarragona y declaraba:

«Estamos totalmente en contra de las acciones que implican un riesgo tan grande de muerte o lesiones, o que producen estas reacciones de pánico entre la población, porque son contradictorias con la tarea de ganar a los trabajadores y al pueblo a los ideales de la revolución y a la lucha organizada por ella.» (Doc. 8.34)

HACIA EL VIII CONGRESO

Entre el VII y el VIII Congreso la LCR experimentó una transformación interna importante; la expresión que se empleó para describir el cambio fue la de un «partido más activo, más joven y militante». Aumentó notablemente el número de jóvenes organizados en las JCR, que celebraron encuentros específicos para impulsar su trabajo en 1987 (Encuentro de Jóvenes Revolucionarios en Barcelona, con 210 participantes) y 1988 (encuentro de responsables en Asturias); también creció sustancialmente el número de mujeres jóvenes en su interior (hasta el 43%). La proporción de mujeres también aumentó ligeramente en la LCR y hubo un avance en la elaboración política, que se reflejó en los Encuentros de mujeres de LCR-LKI, en abril de 1988, y en la resolución sobre feminismo del VIII Congreso. En el trabajo sindical se dieron avances en la consolidación práctica de una corriente sindical en CCOO, gracias al trabajo conjunto de LCR y MC (Doc. 8.58). Para hacer más

rica la vida del partido *Combate e Inprecor* publicaron dossiers de materiales teóricos sobre temas como la experiencia del POUM (Doc. 8.2), la heterodoxa aportación y significación del Che más allá de la mitificación del personaje (Doc. 8.39), algunos importantes episodios de la lucha antifranquista frente a la destrucción de la memoria impuesta por los pactos de la transición (Doc. 8.47 y Doc. 8.48), la naturaleza del fascismo y la política de los frentes populares (Doc. 8.13), cuestiones fundamentales de la teoría del partido de vanguardia (Doc. 8.46) o el trabajo doméstico y la ley del valor (Doc. 8.53).

El VIII Congreso de la LCR, celebrado en Santander del 19 al 21 de mayo de 1989, vino a ratificar una práctica anterior y sancionó los cambios en las posiciones políticas que se habían ido produciendo a lo largo de los últimos cinco años (Doc. 8.60). El Congreso aprobó una declaración sobre la situación que planteó como tarea fundamental la recomposición de los movimientos sociales y la acumulación de fuerzas revolucionarias (Doc. 8.66 y Doc. 8.67). Las votaciones del Informe tuvieron como resultado 98,86% a favor, 0% en contra y 1,14% abstenciones. Los debates y resoluciones se centraron en cuatro temas: las relaciones con el MC, la cuestión nacional, el feminismo, y una serie de cambios en los Estatutos derivados, principalmente, de los dos puntos anteriores (Doc. 8.62) y (Doc. 8.65).

La colaboración entre la LCR y el MC en el seno de los movimientos sociales y en diversas campañas, como por ejemplo la denuncia del terrorismo de Estado o el apoyo a la candidatura de HB para el Parlamento Europeo, fue una de las constantes de la política unitaria de la Liga en el periodo analizado. Ahora bien, no estuvo exenta de algunas tensiones producto de la competencia por un mismo espacio político y base social, de tener diferentes tradiciones y posiciones políticas y de haber consolidado prácticas partidistas distintas. En junio de 1987 las direcciones de la LCR y el MC suscribieron un acuerdo (Doc. 8.35) en el que afirmaban que la nueva etapa iniciada por ambos partidos era anterior y diferente a la de unificación, aunque su principal objetivo era crear las condiciones para hacerla posible.

Sin embargo un año después, en la reunión Central de Cuadros de julio de 1988, en un informe sobre las relaciones con

el MC se decía «las direcciones ejecutivas de los dos partidos hemos llegado a la conclusión de que las diferencias políticas constatadas no permiten trazar planes de fusión partidaria y que esto debe llevar a la sustitución del acuerdo unitario vigente por otro nuevo» (Doc. 8. 51).

En este documento se hacía un repaso de las diferencias aparecidas durante el debate, pero se decía que no se daba el mismo valor a todas las diferencias y se explicaba que:

«existe un desacuerdo profundo precisamente sobre la concepción y el funcionamiento del posible partido unificado. Y esa es la diferencia que nosotros consideramos fundamental, el obstáculo decisivo para la unificación...esto no significa de ninguna manera que descartemos la posibilidad de la fusión a más largo plazo; seguimos considerando que hay que tener este objetivo en el horizonte, aunque los ritmos y las tareas que esto nos plantea son muy diferentes a los que nos habíamos fijado con el acuerdo unitario.»

Durante la preparación del VIII Congreso hubo otro informe más extenso sobre este año de debates con el MC (Doc. 8.54). Finalmente en el VIII Congreso se aprobó una resolución de trabajo unitario con dicha organización en la que se constataba que ambos partidos se reconocían mutuamente como organizaciones revolucionarias, se reclamaban de un marxismo no dogmático y habían hecho una experiencia práctica conjunta positiva. Sin embargo, y en la línea de las conclusiones del debate de 1987-1988, se consideraba que por el momento no había suficientes acuerdos para una fusión partidaria, si bien el objetivo de la misma se mantenía en el horizonte (Doc. 8.64). La resolución recibió un 91,52% de apoyos, con un 0,56% en contra y un 7,90% de abstenciones.

A mediados de los ochenta, habían comenzado a aparecer síntomas de los límites y grietas del Estado de las Autonomías, particularmente por la contestación proveniente de Catalunya y Euskal Herria. Aquí, la izquierda abertzale se había consolidado tanto en el campo social como en el electoral y la capacidad de resistencia del movimiento nacional vasco era muy elevada. A lo largo de 1987, se iniciaron debates en la LKI, la LCR de Catalunya y la organización estatal, que culminaron en diferentes momentos. Los días 18 a 20 de marzo de 1988 se celebró el IV Congreso de la LKI, que proclamó la soberanía de la organización —si bien manteniendo órganos

comunes con la LCR— y asumió el objetivo de la independencia (Doc. 8.44) y (Doc. 8.45). La LCR de Catalunya siguió un camino similar: en su V Congreso, del 24 al 26 de junio de 1988, asumió la consigna de la independencia como forma de concretar el derecho a la autodeterminación y se constituyó en partido soberano, con una fórmula parecida —aunque no exactamente igual— a la de la LKI (Doc. 8.49) y (Doc. 8.50). En el documento sobre balance de la dirección presentado al VIII Congreso se hacía el siguiente resumen:

«Los elementos centrales de esta reflexión han sido: a) cómo los comunistas se hacen parte activa del movimiento de liberación nacional, integrando las reivindicaciones nacionales en una estrategia de revolución socialista; b) considerar que existen tareas estratégicas de dimensión nacional y no simples concreciones de tareas estatales; c) reafirmación de la autodeterminación como reivindicación central y, a la vez, de la utilidad de defender la consigna de independencia (por diferentes razones en Euskadi y Catalunya); d) una profundización (con rasgos de continuidad) de nuestras posiciones sobre la unificación territorial de Euskadi y sobre los PPCC [Països Catalans]; e) la defensa de un modelo lingüístico a partir de la consideración del catalán y del euskera como únicas lenguas oficiales; f) consideración del tipo de relación y alianzas de los comunistas con las fuerzas nacionalistas revolucionarias; g) una reconsideración de la relación de los partidos nacionales de Euskadi y Catalunya con el partido estatal, en función de las tareas estratégicas nacionales, de la voluntad de ser parte activa del movimiento de liberación nacional y del balance de la experiencia práctica de las relaciones anteriores, encaminándonos a la constitución de partidos nacionales soberanos por parte de la LKI y la Lliga, relacionados con el partido estatal a través de órganos comunes.» (Doc. 8.58)

En el VIII Congreso se presentaron un Informe y unas Tesis sobre la cuestión nacional (Doc. 8.61). El primero recibió un 94,31% de votos a favor, ninguno en contra y un 5,68% de abstenciones; las Tesis, un 93,33% a favor, un 0,55% en contra y un 6,11% de abstenciones.

En cuanto al feminismo, fue intención explícita de la dirección que en esta ocasión se abordara la cuestión desde el punto de vista de la teoría más que desde el de la coyuntura política; más desde la estrategia que desde la táctica (Doc. 8.60). El informe y la resolución abordaron la cuestión de los orígenes de la opresión de las mujeres, la situación de las mujeres bajo el capitalismo y la relación entre la lucha de liberación de las

mujeres y la lucha revolucionaria por el socialismo. El informe se dividía en cuatro grandes apartados: la división del trabajo en función del sexo, la opresión patriarcal en el capitalismo, la situación de las mujeres hoy y la rebelión de las mujeres (Doc. 8.63). Las votaciones dieron como resultado un 98,86% favorable, ningún voto en contra y un 1,13% de abstenciones.

Figura 18

Combate, nº 442, 5 de diciembre de 1987

